

An illustration featuring two parrots in a lush, tropical environment. On the left, a blue and yellow macaw is shown in profile, facing right. On the right, a red and blue parrot with a green crest is perched on a branch, facing forward. The background is filled with large, detailed green leaves and a teal sky. The text is overlaid on the image in white and yellow-green colors.

Casapaís

La fiesta junto al río

1-2021

Casapaís

Casapaís

Estación Pedrera, Uruguay

www.casapais.org ~ info@casapais.org

Selección y edición de Jan Queretz y Guido Fittipaldi

Primera edición: septiembre de 2021

ISSN: En trámite

Impresión: Amazon KDP

Fotografía de Rafael Arráiz Lucca: ©Blas Pifano

Portada: ©Casapaís

Agradecimientos especiales a Juan Francisco Silveira, Arturo Lonighi, Luis Eduardo González, Dainerys Machado Vento, Guillermo Ramos Flamerich, Kelvin Brito, Andrés Castellano, Alvaro D' Marco, Alirio Fernández Rodríguez, Denise Armitano, Orianna Camejo, Jorge Blanco, Rafael Baralt Lovera y a todos los autores que escribieron con fervor para este número.

Los derechos de autor de todo el contenido de esta revista pertenecen a Casapaís o a los autores individuales, y ninguno de los materiales puede utilizarse en otro lugar sin permiso por escrito.

ANTOLOGÍA DE NUEVAS VOCES VENEZOLANAS

en físico y digital



U
C
B
U

arraigo

lecturasdearraigo.com

El caso Salabert

David Cuervo



dosmanos

Ida

Hélène Bessette



dosmanos

El Clínico

Kiko Herrero



dosmanos

Como la perra

Louise Chennevière



dosmanos

Veinte minutos de silencio

Hélène Bessette



dosmanos

Machirulo

Alfred Jury



dosmanos

La entusiasta

Cala de Meira



dosmanos

Nos gustan demasiado los libros
para dejar que los hagan otros.

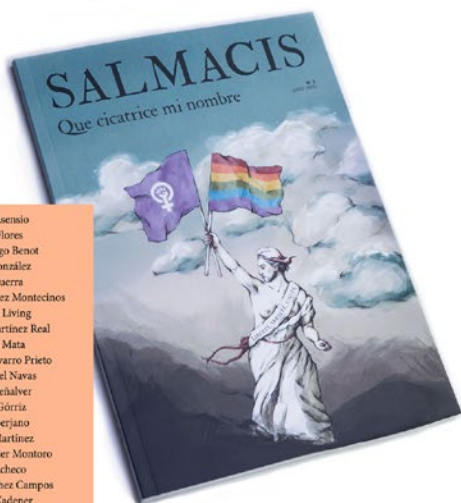
dosmanos

Martillos contra el tedio.

Revista de *Poesía* Contemporánea

EN ESTE
NÚMERO

Carlos Asensio
Elena Flores
Juan Gallego Benot
María González
Elvis Guerra
Héctor Hernández Montecinos
Verónica Living
Francisco Martínez Real
Mamuel Mata
Francisco Navarro Prieto
José Miguel Navas
Adrián Peñalver
Luis S. Górriz
Blanca Berjano
Ramón Martínez
Francisco Javier Montoro
Jesús Pacheco
Carmen Sánchez Campos
Checha Kadener
Angelo Néstore



PRÓXIMO NÚMERO

Poesía del Dolor

Disponible en *Amazon*

Web: www.Salmacis.es

 @RevistaSalmacis

 @revista.salmacis

2

Casapaís

La fiesta junto al río

1 -2021

Contenido

Casapaís	13
Carta al editor	14

Narrativa

Santiago Roncagliolo	18
Gabriel Payares	21
Ernesto Tancovich	30
Federica Consalvi	38
Martín Felipe Castagnet	42
Emiliano Mondragón	52
Sergio Ramírez	66
Rafael Osío Cabrices	83
Marta Jiménez Serrano	93
Eduardo Sánchez Rugeles	100
Jan Queretz	109

Pensamiento

Jorge Carrión	120
Michelle Roche Rodríguez	123
Luis Yslas	129
Yanina Audisio	139
Angelo Marcano	152
Antonio Díaz Oliva (ADO)	163

Entrevista

Alirio Fernández Rodríguez entrevista al Dr. Rafael Arráiz Lucca	177
---	-----

Poesía

Rafael-José Díaz	188
Senén Orlando Pupo	196
Carlos Asensio	200
Pamela Rahn	206
Alberto Ruy Sánchez	214
Aitana Monzón	222
Abraham Guerrero Tenorio	232
Jean G. Burset Catinchi	237
Leandro Alba	243
Rosa Berbel	247
Juan F. Rivero	252
Gabriela Lázaro	257
María Limón	262
Juan Gallego Benot	268
Luis Fernando Sarmiento	273
Carlos Catena Cózar	282
Raquel Lanseros	287
Ben Clark	295
Laura Rodríguez Díaz	303
Heberto José Borjas	304
Pedro Alcarria	305
Emiro Colina	309
Valentina Dos Santos	310
Guillermo Arbona Rojas	311
Os Rodríguez	312
Javier Calderón Luna	313
Patricia Bruno	314
Rafael Rodríguez Vargas	315
Damián Andreñuk	318
Colaboradores	319

Casapaís

Cerrados los ojos, la literatura deja de ser abismo para llegar, incontrolable y selvática, al mundo sensible. Esta es, quizás, la característica más evidente del hecho literario: como objeto irreal y real que es no duda en manifestarse elevando los signos, exhibiendo las cicatrices: indaga, nos indaga; quema, nos quema; cura, nos cura. La reverberación produce un efecto único, construido sin vacilaciones: si la literatura nos indaga cerramos los ojos, si la literatura nos quema cerramos los ojos, si la literatura nos cura cerramos los ojos. Cada movimiento es preciso. Buscamos la oscuridad. Empujamos el libro hacia el pecho. Y lo abrazamos. O lo cerramos, también. Todo frente al libro. Con él. Entonces deja de ser libro para ser espejo, lanzallamas, opioide. Nos aterroriza seguir leyendo. Pero no podemos parar. Seguimos. Las posibilidades siguen allí: el papel puede continuar el interrogatorio, avivar el fuego o paralizar el efecto analgésico. Seguimos. La mente ha encontrado un nuevo laberinto. Y se pierde. Y lo disfruta. Por eso estamos aquí, hoy, obsesionados con las palabras, la humana necesidad.

Las palabras importan. Importan tanto que el gobierno nicaragüense ha desterrado implícitamente a un maestro de la palabra, Sergio Ramírez, y quien nos ha permitido publicar uno de sus cuentos, *Amanecer desde una ventana*, relato fervoroso que trata sobre la corruptibilidad innata del poder y las consecuencias devastadoras que una acción volcada hacia la libertad tiene para los padecientes de las dictaduras. Su última novela, *Tongolele no sabía bailar* ha sido prohibida en Nicaragua. Eso significa que triunfó la literatura.

Las palabras importan, sin duda. Importan las que cuentan el asesinato homófono de Samuel Luiz, importan los relatos angustiantes del genocidio venezolano, importan las palabras que logran el laberinto: que los lectores cierren los ojos para cuestionarse, quemarse y curarse, todo a la misma vez. Casapaís nace con esta intención: regalarle a la lengua española un motivo para cerrar los ojos y transitar el laberinto.

JAN QUERETZ

Carta al editor

Querido amigo:

Me anima presenciar el nacimiento de *Casapaís*, un hogar para la literatura, la reflexión y la integración de la familia iberoamericana, y todas esas cosas que siempre se dicen.

Más allá de las poses discursivas que reiteran la necesidad de juntarnos como un bloque, de conocernos más y de potenciarnos, tu labor justamente se ha encaminado a eso, a entender el poder y diversidad de las palabras y que cuando se encuentran en un mismo refugio, pueden construir un legado en el presente y en el futuro. Tú bien sabes cómo las revistas literarias de nuestro continente, y de orilla a orilla, han hecho historia. Algunas efímeras, otras de infinidad de números. Otras con una presencia fugaz, pero con permanente herencia.

De eso se ha tratado agrupar las ideas y la belleza en esta cultura y esta lengua que reconocemos y amamos. Cuando pienso en el título de este primer número –*La fiesta junto al río*– imagino el bullicio y la exuberancia de nuestra naturaleza. Pero ¿qué cosa más parecida a la amistad que una fiesta junto al río? Así como la vida fluye, observamos estas aguas pasar mientras observamos con dedicación nuestras miradas y nos atrevemos a articular alguna palabra. Entre sonrisas, chistes, bulla y más bulla. Entre las discusiones profundas y efímeras, o las frívolas y permanentes, allí estamos, reencontrándonos con nuestras maneras de ser, con relatos trastocados por esa necesidad de inconformidad y de vivir todas las vidas en una misma mente sin límites.

Tú sabes de lo que hablo, querido amigo. Has tenido diversas vidas y de cada una de ellas algo está presente hoy en *Casapaís*. Hace menos de una década recorriamos nuestra ciudad buscando libros baratos y asistiendo a foros y recitales. Parecían infinitas nuestras conversas sobre el rumbo de la literatura en nuestro país, de la poesía, la crítica y la belleza del ensayo. ¿Recuerdas cuando pasábamos horas buscando algún

libro de Faulkner de segunda mano? Eran los tiempos en que visitamos a Victoria De Stefano, descubrimos a Pamuk y me prestaste aquella biografía de Rulfo que aún no te he devuelto.

Eso quedó en el pasado, como quedan algunas personas y algunos instantes. Petrificados o no, han formado el camino para este momento. Como bien me dijiste, arriesgar es hacer y, después de la larga contemplación, es el momento de los proyectos de vida. Las cosas saldrán, porque uno hará todo para que ocurran. Celebro entonces esa magia creadora.

Despido esta carta al editor –a ti querido amigo– con los deseos de que el trabajo constante, la suerte y las oportunidades, se encuentren equilibrados y permitan, a ti y a tu equipo, hacer de *Casapaís* el espacio predilecto para la reflexión, el arte y la vida en sus diversas dimensiones.

Como decías en otra de tus vidas: ¡Fuego siempre!

GUILLERMO RAMOS FLAMERICH
París, septiembre de 2021

Narrativa

Santiago Roncagliolo

(Perú)

Péndulo

No era la mejor casa. De hecho, estaba en ruinas. Pero no podíamos pagar nada más. A Carla la habían echado del trabajo. Y las ventas de mi tienda de alfombras se desplomaban.

El barrio de Rímac, que había vivido su esplendor durante el virreinato del Perú, era ahora un nido de delincuentes y pequeños traficantes. Las antiguas estatuas, conventos y alamedas se caían a pedazos, pintadas y hasta orinadas por vándalos adolescentes. Nuestro nuevo hogar, con sus tuberías viejas, sus paredes desconchadas, sus suelos húmedos, formaba parte de esa decadencia. Lo único que le confería cierta dignidad era el reloj.

—Es lindo —dijo Carla la primera vez que lo vio: un péndulo del tamaño de un armario que aún funcionaba de milagro, orgullosamente erguido contra la pared de la sala.

—Bueno —resoplé—, es un mueble. El único.

—¿Crees que este sea nuestro hogar? Quiero decir... ¿el de nuestra familia?

El presupuesto no nos llegaba para mantener a una familia. Pero frisábamos los cuarenta, y Carla temía que se le pasara la edad de ser madre. Yo la besé para no tener que responder.

Las primeras noches en la nueva casa sí que hicimos todo lo necesario para procrear. Salir a la calle después del crepúsculo parecía peligroso, de modo que solo nos teníamos a nosotros mismos y nuestro colchón tirado en el suelo.

Fue una de esas noches cuando ocurrió por primera vez. Acabábamos de hacer el amor. Carla dijo que tenía sed y se levantó del colchón. Oí la madera del suelo crujir bajo sus pies mientras se alejaba hacia el refrigerador... Y luego no oí más.

—¿Amor?

Ella no respondió. Pasados unos segundos, una sirena policial pasó frente a la casa.

—¿Carla?

Me levanté a buscarla. La encontré frente al reloj, mirándolo fijamente, desnuda y silenciosa, como hipnotizada.

—Querida, ¿estás bien?

No dijo nada mientras me acercaba a ella. Solo reaccionó cuando la abracé, como si volviese de un sueño:

—¡Ah! Me olvidé del agua.

Nuestra situación económica no mejoró. Carla se postuló a varios puestos de secretaria, pero por una cosa u otra, nunca la contrataban. Le faltaba experiencia o estaba sobrecalificada o no se entendía con el entrevistador. Volvía a casa por las tardes, frustrada y malhumorada, mientras yo seguía perdiendo clientes y sufriendo con los vencimientos de los créditos.

—Siento que lo hemos hecho todo mal —me dijo un día—. Y no nos queda tiempo de cambiar.

Yo traté de consolarla, pero la verdad, también me sentía así.

Una madrugada me despertó el sonido de las tuberías, un gemido como de ultratumba que hacían de puro viejas. Estiré la mano instintivamente. Carla no estaba a mi lado. La hallé en la sala, mirando al reloj de nuevo, dormida pero atenta a cada golpe de las manecillas, como si le transmitiesen un mensaje en morse. Traté de devolverla a la cama:

—Carla, tienes que acostarte.

Pero al tocarla, ella se sacudió y gritó:

—¡Suéltame! ¡No me toques!

Obedecí. Dicen que no hay que despertar a los sonámbulos.

Lo del péndulo comenzó a repetirse cada noche. Y por las mañanas, Carla no recordaba sus expediciones nocturnas. Me preocupaba su salud mental. Entre los nervios y la pobreza, decidí vender el reloj.

—¿Que has hecho qué? —se espantó ella cuando se lo conté.

—He llamado a un anticuario, ¿y adivina qué? Nos puede dar \$3000 por el reloj. Con eso vivimos tres meses y hasta pago deudas.

—No puedes venderlo...

—Carla, escúchame...

—¡No puedes venderlo!

Comenzó una larga lucha, llena de gritos e insultos. Carla se resistió con uñas y dientes a dejar ir el mueble. Pero no cedí. Simplemente, era nuestra única opción.

La noche antes de que se lo llevaran, Carla volvió a abandonar la cama de madrugada. Me asomé a verla dos veces. A las dos estaba ahí, como siempre. Una hora después, abrazaba con fuerza al reloj, como se abraza a un amante. Me dormí como a las cuatro.

Por la mañana, Carla no estaba en la casa. Pensé que se habría marchado temprano a buscar trabajo.

El anticuario pasó a buscar el reloj en la tarde y ella seguía ausente. Sospeché que estaba enfadada conmigo, que volvería por la noche.

Pero después de eso, nunca volví a verla.

Gabriel Payares

(Venezuela)

Un lugar junto al río

*Mother, you had me
but I never had you.*

Mother
JOHN LENNON

—Estás flaco —dijo por tercera o cuarta vez. A lo mejor era cierto. Yo me sentía normal, incluso dormía mejor desde que había pasado a la nómina fija del trabajo. Ella en cambio estaba en el hueso, marchita, bastante más canosa que la última vez. Pero las fuerzas no le faltaban, y como fuimos un poco flacuchentos toda la vida, su caso no era tan dramático como otros que la gente compartía en el Facebook.

—Puede ser —concedí, con las manos encalladas en los bolsillos de la chaqueta. El otoño empezaba a morir y la brisa del río estremecía en el piso las hojas amarillas, preñadas con una secreta electricidad. Mientras caminábamos descubrimos, cada tanto, una caña de pescar sobre la baranda de la costanera, custodiada por un hombre gordo en una sillita tumbona. A su alrededor, mujeres aburrídas y niños con juguetes del McDonald's. Nada parecía picar.

—¿Viste el río qué grande? —Lo señalé con la cabeza.

—Mjú. Marrón.

Era, en efecto, marrón, pero la luz del día nublado le daba un aire intenso, de película. «Ocre» hubiese estado mejor.

—Es el más ancho del mundo.

—Y es marrón como las playas de Boca de Uchire. ¿Esa gente pesca algo aquí?

—No sé —Tuve miedo de que alguno la escuchara—, igual lo hacen solo por placer.

—¿Y a ti se te está pegando el acento?

—No, mamá.

—¿Así no dicen los argentinos: «Igual tal cosa»?

Pisé las hojas, fuerte, para oír las crujir. Las rejas del parque se anunciaban unos metros más allá, así que apuré el paso, con la vista fija en el río, que se me antojaba ahora el más marrón del planeta.

—¿Me escuchaste?

—Sí, mamá —suspiré—. Pero me parece que no.

Lo peor es que yo tenía ganas de hablar. Esa era la idea detrás de todo: sacarnos las cosas atragantadas y ver con qué nos quedábamos, con qué remanente era posible aprender a querernos. El amor es algo que nos enseñan a dar por sentido, desde el primer *mi mamá me mima* cuando se aprende a leer. Pero no nos explican qué significa eso realmente, ni cómo lidiar con los reproches, con el miedo a la muerte o con las suelas plásticas de sus zapatos, rechinando con cada paso sobre las baldosas del camino. Baldosas grises, casi todas flojas y agrietadas, con agua de lluvia por dentro. Algo ocurre con las calles de esta ciudad, eternamente rotas, como huesos que se sellan mal y hay que volver a romper y romper.

—Es que ya tienes varios años acá.

—¿Qué cosa? —Me hice el tonto, a ver si lo dejaba ir.

—¡El acento! —estalló, acalorada—. ¿Vas por tu cuenta? Me llevas con la lengua afuera.

—Ah, perdón —Recuperé un ritmo de paseo—. Es que ya casi llegamos.

—A ti como que se te olvida que estoy vieja —dijo, y con un gesto orgulloso, casi teatral, se arregló la bufanda: una franja de tela gruesa, morada y picosa que le había comprado a una vecina de su edificio en Caracas, una profesora jubilada que se dedica a tejer. A mí jamás me gustaron las cosas que hacía, me parecían barrocas, de mal gusto. Mamá, en cambio, era su cliente predilecta. De hecho, me había traído una bufanda casi idéntica, que sin mirar demasiado sentenció a la última gaveta del placard. Porque así le dicen al clóset en Argentina: *placard*.

—¿Estás arrecho? —insistió, viendo que ya no respondía.

—No, no.

—¿Tienes otras cosas que hacer? No tienes que andar paseándome si no quieres.

—Pero qué vaina. ¿Podemos disfrutar del paseo?

—Yo solo digo, a mí no me gusta molestar. Como una está vieja ya no le tienen paciencia.

Lo dijo con ese tono dolido que usaba ante las muestras de cariño, dando a entender que no las merecía o que, muy en el fondo, le resultaban insuficientes. Sospecho que toda la vida le faltó cariño, plenitud. Señalé con la mano el cartel amarillo del gobierno de la ciudad, que se asomaba sobre las cabezas de la gente. Conozco de sobra adónde conducen esas tristezas maternas. Si todo iba bien, en un par de semanas ella estaría de vuelta y yo libre de ellas hasta nuevo aviso. Y a través del teléfono sería más fácil construir una normalidad.

—«Parque de la Memoria» —leí, fingiendo un acento porteño.

—Déjame ponerme los lentes.

—No hace falta, no dice nada más.

—Ah, bueno.

El sitio es un parquecito apacible, junto a la Ciudad Universitaria, que rinde homenaje a las víctimas de la última dictadura militar. No sé en qué momento se me ocurrió llevarla a pasear por allí, en vez de a Puerto Madero o la avenida Corrientes, donde la ciudad le guiña siempre un mismo ojo a los turistas. Creo que aspiraba a una ocasión propicia, diferente, para hablar. Incluso llevaba en el bolso un mate y un termo con agua caliente, que es como los argentinos construyen la intimidad. Un plan simple en un sitio bonito: mucho verde y esa hermosura infeliz que tiene el Río de la Plata. Había también una sala de exposiciones, que mamá no tuvo ganas de visitar.

Al principio nada más caminamos. Recorrimos la interminable pared con los nombres y la edad de los desaparecidos, así como el paseo costero de señales de tránsito que narra paso a paso los horrores de la época. Fechas que coincidían con tiempos de abundancia en Venezuela. Quizá por eso mantuvimos ese aire un poco solemne que se tiene frente al dolor de los demás, como en los hospitales o los cementerios. Yo

leía en voz alta los carteles, añadiendo algún comentario o haciendo énfasis en lo que me parecía pertinente, o adelantándome con una advertencia al ocasional error ortográfico, enmendándole la plana a un desconocido.

—¿Te quieres sentar un rato? —le pregunté cuando hicimos un alto en el recorrido. El cielo se había ensombrecido y soplaba una brisita de mal agüero.

—No, no estoy cansada.

Me gustó que mamá se mostrara respetuosa, casi diría interesada. No es común en los venezolanos recién llegados, marcados como están por los problemas de allá, comparándolo todo y llegando siempre a una misma conclusión, un poco orgullosa: las cosas en Venezuela son siempre peores que en ninguna parte. Con eso resuelven cualquier tristeza y cualquier comparación, sentenciándolo a uno que está afuera a ser feliz y a callarse la boca. Y quien se atreva a contradecirlos recibe una dosis del mantra: «Al menos no estás en Venezuela», sin entender que sea justamente por eso que uno sufre.

—Podemos aprovechar la grama y tomar unos mates —volví a sugerir señalando las laderas verdes del parque, como espaldas de dinosaurios dormidos.

—¿Y eso a qué sabe?

—Un poco a hojas de hallaca, pero se puede tomar.

Trepamos una colina cercana, dejando un respetuoso espacio entre nosotros y una pareja adolescente, tendidos uno sobre otro en una manta cuadriculada de *Los Simpson*. Más allá se levantaba una escultura, parecida a un tobogán oxidado. Abrí el bolso y saqué uno a uno los implementos materos, dándole tiempo a Mamá de interesarse por ellos. Quería seguir mostrándole cosas, objetos que pertenecían a mi nueva vida y a la nueva persona en que me había convertido. Como retribuyendo la devoción con que ella me había enseñado a leer, fijándonos en los anuncios de las caucheras y en las propagandas electorales: “Fi-res-to-ne”, “Ac-ción-de-mo-crá-tica”. Eran otros tiempos, de mayores paciencias.

—¿Y a eso se le pone tanta hierba?

—Mjú.

—Se ve como mucho.

—No, no.

—Acuérdate que vamos a tomar sólo tú y yo.

—Qué ladilla, mamá. ¿Prefieres hacerlo tú?

—No, mijo, yo solo preguntaba.

—Yo sé hacerlo, ¿está bien?

—Bueno, no tienes por qué contestar así.

—Deja el fastidio, pues.

—No, si yo no estoy diciendo nada.

Seguí en lo mío con amargura y noté que el agua del termo estaba fría, tibia cuando mucho. Liberé de todos modos un primer chorro sobre la yerba y me tragué una queja sobre la calidad del envase, comprado en esas tienditas chinas del barrio. Me tomé rápido la infusión y serví de nuevo, dando chance a que la yerba se humedeciera: al tercer intento conseguí algo remotamente parecido a lo que se suponía que fuera. En otras condiciones lo habría echado sin problemas a la basura. En cambio, se lo ofrecí a mamá sin comentarios.

—Sabe a hoja de hallaca —confirmó, arrugando la cara tras los primeros chupitos.

—Te lo dije.

Un mate «de revista», según mis amigos porteños, involucra agua muy caliente, pero sin hervir, cubriendo la yerba en un setenta por ciento y dejando seco, como la punta sobresaliente de un iceberg, la porción opuesta a donde se fija la bombilla, que así se llama al pitillo de metal. Si se hace bien, en el agua se forman burbujas pantanosas de éxito. Si el agua está muy fría o muy caliente, si se cubre la hierba hasta el tope o se comete el error imperdonable de revolver la infusión como un batido de lechosa, se estará violando un protocolo ancestral que data de los indígenas guaraníes, y además se estará desperdiciando yerba mate. Dicho así parece un procedimiento sencillo. Pero eso dice uno de las cosas que no sabe hacer.

—Qué va. Prefiero el café. —Dio por zanjado el asunto. Yo también lo prefería, aunque no se lo dije. Había tantas cosas sin decir. Y como esperar el momento ideal para ciertos temas nunca ha dado resultado, me decidí a jugármela del modo que fuera.

—Mamá... ¿podemos hablar?

—Claro, mijo, ya estamos hablando.

—¿Podemos hablar de papá?

La pregunta la tomó con la guardia baja. Esperó por sí misma unos instantes, lanzando la mirada hacia el río, y yo la dejé huir. Me volví hacia los muchachos de al lado, que encendían un porro amarillento y se lo turnaban.

—¿Te vas a tomar ese mate tú solo? —reapareció Mamá tras unos segundos.

—Ah, perdón. Toma.

Esta vez se lo bebió casi completo.

—¿Sabes en dónde está? —volví al ataque, como esos perros que tras morder no dejan ir a la presa. Ella negó con la cabeza, torciendo al mismo tiempo la boca.

—Qué va.

—¿No ha aparecido aún?

—Mijo, yo no sé nada de tu papá. Yo esperé lo que pude y ni siquiera una llamada, aunque sea para preguntar por ti. No digo por mí, que no le importo, pero al menos por su hijo. Yo en verdad no sé qué clase de padre...

—Si quiere hablar conmigo puede llamarme y ya —interrumpí.

—¿Y te ha llamado?

—No, no recientemente. Solamente digo que...

—¿Ves a lo que me refiero? ¿No es deber de los padres llamar a los hijos?

Me cayeron dos gotas de lluvia en el brazo. Frías, como agujas.

—Igual creo que debería saber —dije. Ella se encogió de hombros.

—No quiero andar dándole lástima.

—No es eso, mamá. Es por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —Me miró de reojo, apretando los labios. Era típico de ella sabotear las conversaciones sensibles: con ironía, sarcasmo o sujetándose al vuelo de algún posible malentendido. Al rato uno terminaba molesto, extraviado, defendiéndose por todos los flancos, como después de tropezar un avispero—. ¿Por si acaso me muero?

—No empieces con eso.

—Yo no vine a ser un peso en tu vida —siguió, como si nada—, y si las cosas allá no estuvieran tan jodidas, yo nunca te habría molestado con...

—Mamá, yo solo decía. Es alguien con quien contar, nada más —sentenció.

—¿Con tu papá? —Fingió una carcajada— tú como que no lo conoces. ¿Cuándo te ayudó en algo ese señor? ¿Ah? ¿Te llevaba al doctor cuando eras carajito? ¿Se sentaba contigo a hacer las tareas?

—Me llevaba a la escuela todos los días. —No sé de dónde me nació defenderlo.

—Gran vaina. ¿Y quién te hacía la comida? ¿Quién te llevó a las clases de guitarra cuando te dio por ser músico?

Ahí me callé la boca. Tocaba remar de regreso a la orilla. No era momento de pelearnos, ni de hacer peripecias para defender lo indefendible, así que volví a refugiarme en la parejita de al lado. Terminado el porro, se habían levantado hacia la salida, dando pasitos sincronizados de amor. Además, lo que decía era cierto. Jamás superé los acordes más básicos de aquella guitarra, y pasadas unas semanas accedí a su consejo de presentarme a una universidad privada. Al principio fue sólo por complacerla y porque no había un mejor plan que seguir. Después descubrí la psicología industrial y resulté mucho más diestro diseñando pruebas de selección de personal que imitando a Paco de Lucía en el Concierto de Aranjuez. De no haber sido por ella yo no estaría en donde estaba. Pero ese era justamente el problema: que todo siempre provino de ella, generosa como el sol del mediodía. Había sido una madre sacrificada y vigorosa, y había pagado el precio sin siquiera pensarlo, tal vez apostando por futuras compensaciones de mi parte. Y como nada se yergue bajo el amor invicto de una madre, a los hijos únicos la vida se nos va en el escape, o al menos preparando la huida, hasta que un día entendemos que no se puede querer y odiar al mismo tiempo y pretender seguir adelante. Entonces se hace de tripas corazón, y se elige.

—No me acordaba de eso —admití finalmente.

—¿Ves lo que te digo? —insistió, victoriosa, agarrándome una mano entre las suyas, secas y delgadas como ramitas de hoguera—. Tu mamá fue quien siempre estuvo pendiente de ti, y lo va a seguir estando mientras el Señor me dé vida.

—Yo sé, mamá. —Conté los segundos para recuperar mi mano. Se le habían aguado los ojos y yo preferí hacer como si

no me diera cuenta. Odiaba lo fácil que se conmovía a sí misma, la mucha lástima que se sabía tener. Yo nunca pude pasar, como ella, del ataque a la conciliación, en un segundo apenas, como quien enciende o apaga la luz.

—Todo va a salir bien —dijo, más para sí misma—. No te vas a quedar solito tan rápido.

—Yo no estoy solo, mamá —respondí, parco.

—Yo sé que no. Era un decir.

—Tengo una vida hecha aquí.

—Sí, yo sé. Ya no me necesitas.

Preferí no responder. Me sorprendió la velocidad con que se agotaban las palabras. Respiré lento y profundo, como te enseñan en yoga.

—¿Tienes miedo? —Fue lo último que me animé a preguntarle.

—Un poco.

—No está mal tener miedo.

Estuvimos mirando el río un poco más, en silencio. Después empecé a guardar las cosas en el bolso, en medio de una garúa liviana, compasiva. Buscamos juntos la salida, mirando en direcciones opuestas. Justo en la puerta, ella se pronunció:

—Está bonito este parque.

A la mañana siguiente tuvimos la cita en el hospital. En un barrio alejado, llegando casi al conurbano. Salimos de casa con frío, sin desayunar, y ella pasó el camino entero quejándose del chofer del autobús. Por suerte los chequeos se hicieron rápido, mucho más que la vez anterior, y nos dieron los resultados parciales al mediodía. Sentados en el consultorio, le descubrí a mamá una mirada de animalito acorralado. El médico entró con un sobre en la mano y nos dijo que había sólo buenas noticias. De seguir así, Mamá viviría tranquila hasta los noventa años, apenas con chequeos semestrales. Tampoco haría falta más tratamiento y podía volver a su casa cuando quisiera. Lo que sí tenía eran varios kilos por debajo de lo recomendable y nos ofreció una receta para una bebida de vitaminas. Ella bromeó y dijo que había que cuidar la figura; yo la acompañé con una risita. Ninguno mencionó a Venezuela.

Una vez en la calle, nos abrazamos y ella se puso a llorar. No supo o no quiso decirme por qué, y yo no traté de averiguarlo. Hablar no se me hizo ya tan indispensable.

En vez de eso esperé a que se repusiera y prometí llevarla a comer un auténtico asado argentino en celebración. Conozco unos buenos lugares a la orilla del río.

Ernesto Tancovich

(Argentina)

Arbusculario

Al no ser fecha de *vernissage* ni por lo tanto de vino gratis los visitantes escasean. Desde el fondo de la sala desierta, inmóvil, un pescador solitario vigila sus redes: la artista, naturalmente.

Recorro, al principio con ánimo displicente, la serie de pinturas. Son ocho variaciones de una composición única. Árboles en profusión selvática ocupan cada una de las telas. Tras el ramaje se deja entrever la forma de una casa. Sobresalen la cumbre del tejado y el óvalo de una lucerna de cuatro vidrios. En uno de los cuadros hay dos cristales rotos. En otro, iluminada, la silueta de alguien que mira o da espaldas al exterior; en los demás se reflejan aspectos del cielo, crepuscular o nocturno.

El tercio inferior revela el entrevero subterráneo de las raíces.

Por todas partes juegan a las escondidas intrusiones desconcertantes. Animales conocidos o fantásticos, relojes, torres góticas, gnomos, un obelisco rojo, monjes en procesión, pórticos, figuras de la baraja en poses burlescas, cariátides, locomotoras de vapor, fanales, esfinges. Y sobrevuelan esa selva de crudos negros, tierras sombrías y grises temblorosos, nubes, aves, hadas azules y doradas, aviones, barriletes, asteroides, un escuadrón de paracaidistas, humo de chimeneas, murciélagos, globos y zepelines, superhéroes, flotillas de ovnis, mariposas, libélulas, querubines, helicópteros.

He traspuesto los portales de un reino. Estrambótico, pero reino al fin.

La vigía ha dejado su puesto y sigilosamente se acerca. Oigo su respiración antes que los pasos. Me vuelvo. Enorme,

de pelo corto y ceñido, ninguna traza de maquillaje altera la cara que unos anteojitos redondos hacen parecer desmesurada. Sonríe a medias, achina los ojos. El gato ha detectado su presa.

Dejo que me guíe por sus dominios. Habla y habla, no estrictamente de las pinturas sino de la formidable red de comunicación establecida por las plantas, muy superior, enfatiza, a nuestras toscas redes cibernéticas. Ellas piensan, urden planes. No pierden su tiempo en tonterías. Se saben amenazadas y nos vigilan, acopian e intercambian información y, en espera de su oportunidad, preparan el contraataque. A nuestra vocinglería vacua se oponen los rumores del silencio. Una especie de Testigo de Jehová consagrada a predicar la palabra vegetal.

Pregunto por esa casa enigmática, sin dudas el verdadero centro de interés de las pinturas. La ubicación de la lucerna, en el punto donde se cruzan las diagonales, el fuerte contraste entre las formas geométricas de la arquitectura y las endiabladas curvas orgánicas de la vegetación, así lo indican.

—Es otra historia —suspira. Y no dice más.

Advierto que no he tomado nota de su nombre. Consulto el catálogo que acaba de poner en mi mano. Bajo una foto que la muestra joven, leo:

Arbusculario
Pinturas
Firenze dei Bosco

La miro. Capta la interrogante.

—Es el que yo misma he elegido —aclara—. Tampoco es definitivo. Lo podré cambiar las veces que yo misma cambie. Ah, el nombre. La primera atadura, ya en el instante mismo de nacer, aún antes.

El nombre es ridículo, con ese impostado relumbro de nobleza italiana. Sin embargo, al rato encuentro que le calza. El zapato incómodo se ha ido ablandando.

Una empleada de guardapolvo gris avisa de mala manera que es hora de cierre. La mitad de las luces se apagan. Firenze dei Bosco recoge su abrigo, la cartera, un cartapacio, el pa-

raguas, una bolsa grande de plástico. Así cargada hace pensar en un carramato de trashumantes.

Salimos. A punto de despedirnos, sugiere que podríamos comer algo y seguir la conversación. Me ha visto interesado y tiene mucho que decir sobre el lenguaje de las plantas.

—Yo invito, naturalmente —dice.

Habla en tonos muy altos, sin parar, como si después de mucho tiempo hubiese encontrado interlocutor. La escucho o finjo escucharla, en verdad, atento a mis propios gestos. Calculo la medida de mis sonrisas, los movimientos de cabeza con los que asiento, los ademanes obsequiosos con los que cuido sus pasos en barrancas y escalones.

Aunque medio loca, de inapelable fealdad, acaso sea el hada madrina llamada a rescatarme, al menos por una noche, de la intemperie, el hambre y los vagabundeos sin rumbo.

No parece dispuesta a soltarme, ni yo a ella. Imagino una línea que cada uno sostiene de un extremo. Deberé cuidar que no se corte, ceder si ella tironea, atraerla cuando la perciba en abandono, vigilarme para no incurrir en otra de mis habituales torpezas.

Consulta la carta. Ordenará ñoquis a la bolognesa y un borgoña. Disimulando el alborozo, elijo lo mismo. Como quien no quiere la cosa me apodero de un grisín. Lo mordisqueo.

Extiende una servilleta y dibuja.

—Las raíces ¿ve? Constituyen una red neuronal. Se vinculan simbióticamente a un sistema de hongos que a modo de transmisores llevan y traen información. Los árboles poseen quince sentidos o más, aunque no especializados como los nuestros. Ellos son pansensoriales. Y se comunican mediante una panlengua. Sé que no es fácil de explicar ni de entender.

La escucho. Trato de hallar asidero para agregar algo de mi cosecha. Por fin pregunto si cada especie equivale a una nacionalidad. Si habrá una lengua de los sicomoros, otra de los abetos y además dialectos, por ejemplo para las distintas variedades de sauces.

Sonríe, piadosa; he dicho una tontería. Vuelca hacia mí su cara de plenilunio, baja la voz en tono de confidencia. Advierto la red de venitas violáceas que desciende por las laderas

de la nariz y se expande bajo los ojos. Tiene mal aliento. Y algunas canas que no había notado.

—Tst, tst. No, amigo. Las cosas no son así. El paradigma es otro. Muy otro. Pero usted de a poco entenderá. Es de escuchar y hacerse preguntas. Me gusta eso.

Propone que la acompañe a su casa. Es un poco lejos o más bien lejos pero hay comodidad para pernoctar. Aclara que no esconde intenciones extrañas. Ha advertido que soy de las raras personas capaces de sintonizar con su pensamiento. Dice percibir en mí al artista.

—Estará cómodo —asegura.

De pronto ríe.

—Sería imperdonable dejar ir a alguien como usted ¿No cree?

No sé si creo o no creo, pero allá vamos. Tiene un Toyota Corolla bordó bastante nuevo aunque maltratado.

Conduce en forma temeraria. Sin dejar de hablar sacude el cuerpo al ritmo de las frases, gimen los metales de la butaca. Cuenta que aprendió el lenguaje de los árboles en sus años de infancia, en una casa solitaria, sin hermanos ni vecinos. Los árboles eran sus compañeros de juegos. La casa está perdida. El idiota del padre, sabiéndose morir, la escrituró a nombre de la bruja con la que vivía. Una desharrapada analfabeta, buena para criar chanchos.

—Ah, pero en el pecado hallará la penitencia. No sabe. A bruja, bruja y media. Ya lo verá.

Logró comprar, dice, un lote lindero donde ha levantado su casa actual y conversa con los amigos de la infancia gracias a que sus árboles se conectan con aquellos mediante la simbiosis de raíces y micelios.

—Micorrizas arbusculares —aclara—. Aquellos hongos de que le hablé:

No es un poco lejos ni más bien lejos. Es decididamente lejos. Al cabo de una hora abandonamos la autopista, pasamos bajo un puente, tomamos un camino estrecho y lleno de baches, bordeado por setos y alambradas. Una escuela, un barrio a medio hacer, pizarras con precios de frutas y hortalizas pintados con cal, más setos, muros altos con garitas de vigilancia, caballos, un destacamento policial, autos despanzurrados.

Torcemos por una senda de tierra desapareja. Campos a la izquierda y campos a la derecha. Cada tanto los blanquea el fulgor de un relámpago. Hay olor a tierra mojada.

—Relámpagos —dice—. Los cargan de energía. Ellos funcionan como acumuladores.

Ya no conduce el Corolla de manera temeraria sino francamente salvaje. El auto golpea en los montículos, salta pozos, depresiones y vados, deriva en los charcos fangosos.

Frena bruscamente ante una tranquera.

—¿Ve? Era mi casa. Y ese eucalipto, en la entrada, mi amigo del alma. No hay una gota de viento, pero vea cómo agita las ramas. Conoce el ruido del motor.

Del follaje asoman la flecha de aquel tejado a dos aguas y el tragaluz oval de cuatro vidrios que se repetía en las pinturas

—No hay nadie. La ramera volverá de madrugada.

Ramera. Años sin escuchar esa palabra. Me acuerdo de José Tost, un catalán que la usaba.

—Mi casa sustituta es la que sigue.

Pone primera y arranca con suavidad, sin acelerar, como si temiera despertar a alguien.

— Hemos llegado.

Rodeada de eucaliptos jóvenes, alta, techada con chapas metálicas, me recuerda a los graneros del campo norteamericano.

Con inesperada agilidad sale del auto, el pedregullo crepita bajo sus pasos, arranca a la tranquera un quejido de fierros, vuelve al volante, estaciona bajo un alero, bajamos.

Se detiene brevemente ante un árbol, roza el tronco con la punta de los dedos, murmura algo que no alcanzo a oír.

Un manajo de llaves suena en su mano. Abre el candado y tres cerraduras. Entramos a una sala un tanto desordenada o, si se mira mejor, en que los muebles se ubican en sitios inesperados.

—Acomódese. Haré café.

Me dejo caer en el sillón más cercano. Sobre el hogar, donde quedan unos leños medio quemados, hay otra de sus pinturas. De nuevo el motivo del árbol, aquí solitario. Una niña se recuesta en el tronco. De ojos cerrados, duerme o sueña despierta. A primera vista es una escena inocente, aunque

la mirada atenta podrá descubrir, disimulada en el follaje, la figura de un ser oscuro, al que delatan los ojos. Sin ser claramente ave ni quiróptero, pueden adivinarse las alas desplegadas a lo ancho del ramaje. Al volver con la bandeja del café lee mi mirada.

—Es de una nueva serie en la que estoy trabajando.

Acerca un carrito con bebidas. Una de las ruedas no gira, la marcha desapareja hace que las botellas entrechoquen.

—¿Usted bebe? Yo empezaré con un Cointreau.

—La acompaño.

Tomar de lo mismo, se me ocurre, hará que refuerce la convicción de hallarse ante una alma gemela. Acaricio la idea de quedarme, si no para siempre al menos por una temporada, hasta que los cielos se despejen.

—Nosotros, unos recién llegados a la escala evolutiva, acopiamos información diferenciada según cada uno de los sentidos. Pero raramente llegamos a integrarlos en una percepción holística. Ellos, en cambio, son lo más parecido a dios. Ven con el ojo único. Son su imagen y semejanza.

Agotado el Cointreau sigue con la de Bailey. Desvaría con historias de brujas y duendes que no habitan hongos sino que ellos mismos lo son. Encendida, chisporrotea en frases inconexas. Ya definitivamente ebria, desparramada en el sofá, ríe en cascadas, sin cuidarse de que la ropa y el peinado se desordenen. Revolea los zapatos, vuelca la copa, se quita los anteojos, los deja por ahí.

Parece haberme olvidado. Pierdo la vista en la enormidad de sus muslos blanquísimos. Confundido, no sé qué actitud tomar.

Afuera, en la arboleda, el viento brama. Un trueno cercano que retiembla en los vidrios la devuelve a sí misma. La borrachera, súbitamente, se ha disipado.

—Déjeme sola —dice, de repente, seria—. Haga su vida. Pone en orden la falda. Señala la escalera.

—Arriba encontrará lugar.

Soy una laucha a merced de los caprichos del gato. Subo, pruebo la primera puerta. En un atril, otra de sus pinturas repite el motivo del árbol solitario. Bajo una de sus ramas, que se alarga casi horizontalmente, se distingue una figura humana,

diminuta, apenas bosquejada, expuesta a una luz violenta que nace fuera de cuadro.

La otra puerta abre a un cuarto pequeño, amueblado con un catre y una silla. Veo a través del ventanuco la tranquera, abierta, sacudida por el viento, más allá el camino y después los campos atormentados de lluvia y relámpagos. El furor de la tormenta consigue, paradójicamente, serenarme. De pronto, entre los árboles, cruza un fogonazo amarillo. La corpulenta figura de Firenze dei Bosco, envuelta en una capa de lluvia, indiferente a los embates del temporal, corre hasta el eucalipto. Lo abraza durante largo rato. Hay algo obsceno allí.

Regresa con andar vacilante, se diría que nuevamente ebria. El farol de la entrada ilumina el rostro devastado. Me tumbo en el lecho. Los vahos de licor han subido a la cabeza, las ideas se arremolinan, confusas.

Dejo que se deshagan entre el sueño y el entresueño.

Me sobresalta el crujido de algo que se desgarrar, seguido de un golpe. Creo oír un grito, ahogado por el temporal. Desvelado, me asomo al ventanuco. Desde el camino, una luminosidad rasante arranca dibujos caprichosos a las plantas. Son, claramente, los focos de un auto. Compruebo que el Toyota permanece bajo el alero. Vuelvo a acostarme. No consigo dormir ni encuentro en qué pensar.

La grisalla del alba gana los vidrios. Afuera, rumor de neumáticos que desplazan barro y agua, el ulular de una sirena, voces. Bajo a la sala. Firenze dei Bosco está sentada, inmóvil, en trance. Al percibir mi presencia entreabre los ojos.

—Vaya a ver. Después me cuenta —murmura casi sin mover los labios—. En la entrada encontrará capa de lluvia y botas. No se moje.

Los párpados vuelven a caer.

Salgo al camino. Ante la casa de infancia los faros de un auto inmóvil barren el parque. Más allá, gira la baliza azul de un patrullero. También hay una ambulancia. Figuras humanas se revuelven entre las luces. Otras chapotean por la huella barrota. Se ha reunido gente.

Un hombre voluminoso preside la improvisada asamblea. Viste capote impermeable, sombrero de ala ancha y caí-

da, botas. Todo negro, salvo la cara, que es roja. Parece escapado de una película de balleneros.

—Apenitas escuché el ruido y el grito presentí que algo malo había pasado. Así que me vine. Más que corriendo, me vine. Pero ya nada se podía hacer. Ahí estaba la pobre señora, en el barro, desnucada. Y el auto así como lo ven. La mala suerte de que justo al abrir la tranquera se desgajara la rama grande del eucalipto. Malamente le pegó. Ni que lo hubiese hecho a propósito. Un golpe certero. Justo, justo. Seca la dejó. Al instante. Sin darle oportunidad.

Cargan en la camilla el bulto, cubierto por una sábana. Escandalosamente blanca, hace explícita la irrupción de la muerte.

Entero a Firenze dei Bosco de lo sucedido. Achina los ojos igual que en el Centro Cultural, con una sonrisa vacía. Gato de almohadón, satisfecho.

Salgo al aire de la incipiente mañana que un pampero juvenil ha venido a limpiar.

Sé que no volveré a la casa. Echo a andar, eludiendo charcos. El aire huele bien, saturado de efluvios vegetales, las plantas celebran el día y no sé si alguna otra cosa.. En la ruta me recoge un boliviano al volante de una F100 destartada. Lleva verdura al mercado. Me habla del precio del brócoli, lamenta la sobreproducción de puerros. En Escobar abordo un tren que se detiene dos por tres para cambiar de vías, después un segundo tren hasta Nuñez, camino hasta casa bajo un sol radiante, vestido para aguacero, la gente me mira extrañada.

La noche quedó atrás. Como restos de un naufragio me ha dejado esta capa de lluvia color limón, un buen par de botas Galfor Pampeana y una mirada distinta, por momentos esperanzada, a menudo temerosa, sobre el misterioso universo vegetal.

Nada he vuelto a saber de Firenze dei Bosco. Es posible que haya cambiado otra vez de nombre.

Federica Consalvi

(Venezuela)

Raíz diversa en dos tiempos

I

La ceiba rota

Hay árboles que gritan. La ceiba del jardín de mi apartamento era una escandalosa de primera línea. No solo ella gritaba. Gritaban las guacharacas desde las seis de la mañana, en sus ramas tan densas de hojas y algodones que no dejaban ver los animales. Su sombra era ideal para echarse a desayunar o gastar el tiempo; ambas nos hacíamos compañía.

Entiendo por qué mis vecinos odiaban mi árbol. Su grueso tallo, lleno de puyas, solo era un abreboca que anticipaba el tamaño de sus raíces, que se extendían hasta el borde de la colina y amenazaban con reventar el suelo. Sus ramas altas, ruidosas, tapaban la mejor vista de la ciudad. Las encontraba tan encantadoras que olvidaba lo que cubrían. La ceiba y su escándalo era lo único que los jardineros y paisajistas no habían podido domar en el cuidado jardín del edificio. Ni a ella ni a las guacharacas madrugadoras.

Sobrevivió intacta veintitrés temporadas de lluvia. Cuando terminaban, se volvía más frondosa, más rebelde. Casi me alcanzaba en edad. Un año, los aguaceros me tomaron lejos de casa y mis vecinos reportaron que la ceiba se estaba yendo por el borde del barranco. La tierra ya no soportaba su peso. Amenazaba con caer sobre una carretera que bajaba hacia el centro de la ciudad. No tuvieron más remedio, dijeron, que cortarla

hasta dejarle un tallo de no más de cuarenta centímetros. No estuve presente en la mutilación.

Si hizo un estruendo al caer, no lo sé. Y si lo hizo, solo fue para darle paso al silencio de su nuevo paisaje. Solo me llegaron algunas imágenes de la vista que se había descubierto ante todos: al fondo, una ciudad en un valle y en el centro, el tronco roto de mi ceiba. Lo vi dispuesto a secarse en los siguientes seis meses de sequía, allí, en el jardín desolado. No pude sino guardarle luto. Dejé de ir a echarme en parques, dejé de caminar por avenidas verdes. Me encerré un poco más de lo normal en un apartamento que ni siquiera tenía una ventana exterior, absolutamente quieto. Ni pensar en un par de guacharacas revoloteando cerca. De hecho, creo que esa palabra solo existe allá, donde crecen las ceibas.

No he pisado aquella casa desde el suceso. Incluso puedo decir que ya me había acostumbrado a no pensar en la ceiba, a las ventanas sin jardines. Hace unos días, mientras cenaba, creí oír un murmullo. Mi vecino de aquel lugar me escribió para reclamarme que mi ceiba estaba echando raíces de nuevo. Otra vez le había levantado el piso. La misma ceiba que hacía dos años mandaron a talar porque mi jardín no la contenía y paraba el tráfico de la calle Suapure. Empecé a sentir algo raro en el estómago. Algo brotaba de ahí y me gritaba en todo el cuerpo. Me saqué el cinturón porque me apretaba y me quité los aretes porque me crecía óxido en las orejas. Lloré un poco y fue como si me regara. Es imposible contener una ceiba, como es imposible contenerse entera dentro de un cuerpo. De pronto, también a mí se me comenzaban a levantar los adoquines.

I

El nacimiento

Cerró los ojos un poco mareado. Se sintió incapaz de identificar qué era sueño y qué era verdad. Tenía que tocarse el ombligo como si hubiera un escalador perdido en el fondo y tuviera que llevarlo a la cima del Tepuy con sus dedos. Bor-

deándolo, la piel se sentía suave y tensa bajo la selva. Pensó que nunca antes se había limpiado el ombligo. De hecho, no tenía recuerdo de habérselo tocado a consciencia en ningún momento de su vida. Se sentía como algo ajeno; algo prohibido e impúdico.

Poco a poco introdujo el dedo hacia el centro de su cuerpo. Dibujaba círculos que descendían con ligereza produciéndole pequeños escalofríos de vez en cuando. Cuando se le erizaba la piel se detenía para disfrutar del clima, una tempestad de agua tibia que lo regaba. En un momento no pudo descender más. No fue, para su sorpresa, porque había llegado al fondo, sino porque su dedo había chocado con una piedra sólida y fría. La pudo sacar con ayuda del pulgar, y la lanzó hacia los pies de la cama. Entonces volvió a introducir el dedo y sintió otro bulto. Era tierra compactada, que se deshizo cuando intentó sacarla, impregnándolo todo de humedad. Se angustió: era imposible que tantas cosas cupieran en un espacio tan pequeño como su ombligo. Tuvo que levantarse de la cama y sacudir toda la tierra. Salía imparabable del centro de su cuerpo. Oía a abono. El cuarto se inundaba. Se vio obligado a sentarse encima de la tierra y buscar algo a lo que aferrarse, igual que al otro lado del mundo un buque a la deriva en el mar Caspio buscaba un puerto para anclar.

Cuando pensó que se había detenido la hemorragia de tierra, quiso comprobar que el ombligo ya estuviera vacío. Ahora había algo más firme adentro. Se dobló sobre sí mismo para ver si lograba identificar lo que tenía y allí la encontró: una ramita verde, minúscula y frágil. Intentó atajarla con sus dedos en forma de pinzas, pero no logró apretarla. Tuvo el instinto de pujar, de pujar con el ombligo hacia fuera, a punto de parir una tripa. Logró que la ramita verde creciera un poco más. Le ardió la piel dando paso a las estrías.

En ese momento la pudo tomar por la punta y haló de ella. Quince, treinta, cincuenta centímetros. Un metro. La ramita seguía saliendo y se metía entre la tierra. Le quemaba, pero no podía detenerla. Reptaba apropiándose del espacio de ese cuarto prestado. Cada vez se hacía más grande y más oscura. Dejó de ser escuálida. Con una violencia voraz se transformó en tallo. El espacio ya no le era suficiente para crecer. El ombli-

go se convirtió en una grieta que daba vértigo mirar. Lo partía en dos. No tenía fondo. El tallo se apropió de la piel de su abdomen y se mezcló con la corteza del árbol en esa habitación que ya no le era ajena.

El tallo se ensanchaba y lo empujaba, se hundía en el fondo de la tierra. Comprendió que cientos de árboles habían sido talados solo para que ella pudiera salir; para que su rostro se enganchara de las ramas que crecían con furia hacia el techo y se repartiera en todas las hojas, que se abrieron de golpe como los ojos de Argos frente a Hera. Sintió la sacudidas del viento. En la base, sus brazos y piernas se entrelazaron con la tierra, porosas, se aferraron al suelo, bebiendo sin boca. No supo qué árbol era. No logró verlo. Estaba adentro con ella.

Martín Felipe Castagnet

(Argentina)

El ícono de nuestra Portadora máxima

Al costado del palacio hay una puerta. Para llegar es necesario acceder a través de la verja principal, que por lo común está repleta de guardias, pero en esta ocasión el llamado Patio de las Magnolias está vacío. Los adoquines relucen por el rocío de la mañana, pero si uno se aproxima se puede notar que siguen sucios: por encima pasó una multitud. Ahora, sin embargo, nadie se atreve a acercarse.

Pero supongamos que sí: que atravesamos la verja de hierro forjada, decorada con los iconos del Portento —el faisán sobre la nube de tres penachos—, por el gran portal abierto de par en par, sin nadie que pregunte quiénes somos ni cuál es nuestro asunto, los detectores de metal silenciosos, quizás desenchufados; que enfilamos por el Patio de las Magnolias con el recuerdo de todas las cosas que sucedieron en ese adoquinado según los libros de historia y las viejas sin dientes; que avancemos sin apuntar al palacio, como hacían todos cada mañana, sino hacia el edificio adyacente, una construcción más baja y más antigua, casi olvidada; que, ya frente a la puerta, acariciamos los herrajes negros, la madera con olor a almíbar, la alda-ba con cabeza de lechuza y ojos humanos; que abrimos el picaporte, pulido por el uso, y entramos por fin en el museo de la Portadora máxima.

Muchos creen que el palacio es un museo, por la cantidad de obras de arte que pueblan las paredes, los pasillos, las habitaciones y las escaleras, como la Revelación Bifronte que con un gesto señala el mar y con otro los secretos del mundo subterráneo. Pero los que así piensan es por ignorancia: pocos conocen la existencia del verdadero museo, que también forma

parte del palacio y que en realidad lo precede. No tienen por qué conocerlo. La puerta, apenas visible desde la avenida centenaria que bordea la verja, casi no se utilizaba, porque el museo tenía un único visitante, y el único también que no necesitaba entrar. Sólo entraban, en el sentido de ingresar por la puerta, los curadores con pantuflas y los empleados de limpieza con los auriculares puestos. Los zapatos quedaban en un mueble junto a la entrada, en el mismo lugar donde se sacaban los guantes de cuero y se ponían los de látex, justo después de enjabonarse las manos en un lavabo en el mismo vestíbulo.

La primera parte del edificio: la sala de entrada, el depósito gigantesco, los baños a la derecha y el comedor al final del pasillo, sin cocina, para que ningún horno modificara la temperatura del lugar; la comida la traían al mediodía las dos mismas sirvientas de siempre, con puntualidad de pájaro, aunque algún curador (muy joven o muy viejo, sin duda) introdujo de contrabando un calentador eléctrico para poder prepararse una taza de malta sin tener que depender de nadie.

Del otro lado del edificio hay tres salas. De mayor a menor tamaño: la sala de exposiciones, con las obras representativas de cada período del Portento: la edad de los tiranos, la edad de los científicos, la edad de los antiguos y la edad de los fundadores, a la que pertenecía nuestra Portadora. Estatuillas de hombres en cuclillas, con el falo goteando, espadas con gavilán en forma de pluma, libros encuadernados con piel de cordero calvo, objetos destacados por su hechura o porque pertenecieron a los grandes personajes de la historia magna, incluso alguno que otro bien feo, como la picana del general jardinero que terminó con los racionalistas. La Portadora máxima insistió en que debía haber al menos una pieza horrible en el museo, para compensar el esfuerzo que significaba tanta belleza, y los curadores se esforzaron por complacerla. «Pero no tenían que esforzarse tanto», dicen que dijo con una sonrisa torcida al ver la pieza seleccionada.

Luego viene la sala de los esbozos, con piezas especialmente virtuosas que se caracterizan por su incompletud: una oreja de un cuerpo que no termina de emerger (el escultor se detuvo por la mala calidad del mármol y el bloque quedó a la intemperie durante veinte años), un cinturón de plata sin terminar

de labrar (hallado en el túmulo fúnebre de uno de los primeros reyes del Portento), la partitura de una sinfonía a la que le falta un movimiento (fusilaron al compositor por subversivo). Y en el último ambiente, después de un pasillo en curva, cuyo inicio queda delimitado por el túnel de acceso al palacio, la recámara con las obras de arte favoritas de la Portadora máxima.

En esta última sala hay un objeto por cada lado de la cuadratura, como llamaban a las cuatro grandes artes y sus respectivos gremios: pintura, vestimenta, escultura y cerámica. La Portadora máxima se paseaba por las salas y contaba su interpretación de cada obra a quien quisiera escucharla (que eran todos los que se encontraban en ese momento en el lugar). Pero nunca explicaba por qué las piezas expuestas en la última sala eran sus favoritas entre todas las obras excepcionales que se acumulaban en el museo.

Tengamos, por ejemplo, el cuadro favorito de la Portadora máxima. Es el que estaba expuesto primero, apenas uno dobla por el pasillo y queda frente al umbral de la sala. Lo primero que uno notaba era el marco dorado, casi rojizo, una floresta de hojas como enhebradas por un hilandero: borde, haz y nervadura, y entre las hojas algunos capullos a punto de florecer. En la tela había un hombre pero su rostro estaba consumido por el fuego; las llamas le brotaban de la cabeza y no se le veía ni la piel ni el cabello, sólo los ojos. El hombre estaba sentado en un bote, que se aproximaba al embarcadero de una isla remota en cuyo centro enclaustrado crecía un bosque de coníferas; mientras que el remero, inclinado, miraba la isla, el hombre en llamas observaba directamente al espectador. Luego de ver el cuadro, y de contemplar demasiado tiempo la cabeza del hombre en llamas, las hojas del marco de oro rojizo parecían encenderse, como el fuego lleva la materia a su máxima tensión en el instante anterior a consumirla.

La pintora era una vieja a la que le habían arrancado la lengua de chica y que había creado muchos cuadros para la Portadora; al comienzo había intentado negarse y un soldado la amenazó, también sin hablar, con martillarle los dedos. «Cada vez que tengo un problema, sea un secretario corrupto o una rebelión en ciernes, vengo a serenarme frente al cuadro. Ni siquiera tengo que entrar. Basta con pararme frente al umbral

y me sosiego. Cuando regreso al palacio puedo ser justa, porque el cuadro absorbe todo desequilibrio», decía la Portadora máxima, prendada de la energía que despedían los ojos del cuadro. Brasas encendidas, pedernal húmedo: así describían los curadores la mirada del incendiado.

A una de las empleadas de limpieza le daba pavor y entraba a la recámara con los ojos cerrados; luego limpiaba la zona con la mirada perdida, sin concentrar la vista más que en los detalles. Era una mujer supersticiosa que había trazado una runa en el omóplato de su hijo del medio porque se lo había recomendado un agorero que leía la fortuna en las hebras mojadas del té. El chico había crecido sano y con talento para la música, y ella lo justificaba en la runa elegida (la Puntada sin Hilo). La Portadora había fundado un hospital de niños y un hogar de huérfanos, pero no competía con el poder de las runas, decía la empleada, que las trazaba en el polvo y un instante después lo juntaba en la palita antes de que la vieran.

El siguiente objeto expuesto era un vestido azul, o verde, o blanco, según cómo se lo viera. «Es del color del pasto después de la escarcha», decía la ficha que se leía debajo de la vitrina. El vestido era obra de una costurerita que, con ayuda de sus hermanos, había armado un negocio para beneficio de los nobles de la corte. Ese vestido había tenido un éxito colosal en una fiesta privada, y la hija de un ministro tuvo la osadía de vestirlo en un banquete del palacio. La Portadora le había pedido que se lo regalara, en ese momento y en ese lugar. Durante el resto de la velada todos pudieron adivinar los pezones duros por el frío y el miedo a través del corpiño de encaje.

Alguna vez el museo fue todo el palacio, aunque en ese momento tenía otras paredes y otras divisiones; del edificio original sólo permanecen alguna viga maestra, un par de columnas y el suelo de mosaico que quedó oculto hace varias generaciones por un piso de cemento, y más abajo el cementerio de pobres, una fosa masiva con cal viva que existió incluso antes que el palacio primigenio. Luego de la caída del último de los antiguos se convirtió en una armería, hasta que la Portadora máxima visitó el edificio y ordenó transformarlo en museo. Ella misma indicó cómo debían ser las salas y donde debía ca-

vase el túnel de acceso al palacio, para que pudiera entrar sin miradas molestas cuando se le daba la gana.

La Portadora tenía un banquito de madera que arrastraba a diferentes partes de su museo, y envuelta en un poncho se sentaba en silencio a contemplar las obras durante largos ratos. Solía perfumar el ambiente con un sahumador de cerámica que había hecho colgar de una de las paredes, para tapar con esencia de limón negro el mal olor que de vez en cuando emergía de las profundidades (un resabio de los menesterosos muertos). A veces también comía la puntita de un turrón de yema tostada, que solía guardar en uno de sus muchos bolsillos; se lo cocinaba especialmente una cocinera raquítica que trabajaba en el palacio, que también era donde había nacido y donde moriría. Muchos de los ministros ignoraban que la Portadora máxima pasaba el tiempo en ese anexo del palacio, y los que lo sabían guardaban el secreto. Nos tienta imaginar lo que veía en cada objeto: ella, que podía tenerlo todo y bajo esa lógica había fundado el museo, contemplaba las piezas como si no le pertenecieran. De hecho, siempre se vestía con ropa sencilla, y apenas si se embellecía con un atadito prensado de su herbario personal que usaba como broche y que aparentaba la silueta de un faisán.

El museo había sido el sueño de la Portadora desde mucho antes de convertirse en lo que era. «Las tradiciones se están perdiendo», decía a quien quisiera escucharla, «nuestros nietos no tendrán herencia», aunque ella misma se había jurado no tener hijos. Un lugar donde coleccionar los objetos más preciosos de todo el Portento, fantaseaba, mucho antes de soñar con los triunfos militares, sin saber que algún día iba a cumplir la fantasía del fetichista: que el museo iba a ser su casa y que transformaría su país en un museo.

Había llegado a la vieja capital de una región periférica, a la que solo se llegaba en barco pese a no ser una isla. Se rumoreaba que no tenía educación formal, que había sido instruida por un bisabuelo verdugo, exiliado cuando cayeron los antiguos, que de muy chica ya se sabía las epopeyas antiguas de memoria, que había entrado en la universidad con un título falsificado por sus amigos artistas, que en esa época tenía amigos.

A medida que avanzaba en el organigrama del ministerio público se preguntaba: ¿ya soy lo que quiero ser? La respuesta pronto se volvió afirmativa, cuando logró hacerse con la secretaría de inteligencia y empezó a cazar a sus rivales con causas armadas. A la única pareja que se le conoció (y que murió antes de llegar al poder, en una victoria inapelable que casi no tuvo víctimas) le sorprendía que a pesar de ser tan joven dijera que su deseo y su realidad ya coincidían. «Me da estabilidad», respondía ella, «como una red que me sostiene, y en todo caso es una ilusión que me mantiene bien». Esa certeza fue lo que la llevó a convertirse en dictadora. Cuando se sentía acorralada se percibía así: la dueña del museo. «Este es mi país. Gané muchas batallas para llegar adonde estoy. Pero para poder ganarlas tuve que imaginarlas primero, y así lo hice, donde nadie más veía guerra yo vi desunión e inventé un camino para impedir que se siga perdiendo la herencia de nuestra nación».

Cuando se convirtió en Portadora se instaló en la nueva capital y unificó el país devastado por las rencillas internas, pero en cuanto tenía un rato de tiempo le encargaba a uno de sus secretarios que buscara una pieza para su futura colección, como la famosa corona de hojarasca, que parecía a punto de desarmarse de lo frágil que se veía y que estaba en la residencia de verano de un petrolero. Sólo en muy pocas ocasiones fue ella en persona, como ocurrió con el torso del dios de los honestos, la pieza escultórica exhibida en la recámara de la cuadratura.

El torso parecía encajar mejor en la sala de los esbozos, pero en realidad estaba terminado así como estaba. Era la última obra de un escultor que únicamente esculpía figuras sacras, y que al finalizarlo se había tirado de un precipicio porque, según dejó escrito, nunca iba a poder volver a tallar algo semejante. La Portadora concordaba y había hecho encuadrar también la carta suicida. El dios de los comerciantes honestos, el verdadero nombre de la pieza, es esbelto pero no necesita músculos para ser sensual; el corazón se le sale del pecho entreabierto. La mano del único brazo que tiene la escultura mantiene la herida abierta. ¡Con qué delicadeza los dedos sostienen los bordes de la piel! El torso estuvo guardado durante muchos años en la cartuja que quedaba tras la floresta del

palacio, cuyos monjes habían sido los mecenas del escultor y habían quedado realmente apenados tras su muerte (se dice que era el hijo bastardo de una de las directoras del monasterio). La Portadora misma fue a buscarlo, sin aviso, en un camión todoterreno que tomó prestado del ejército: el torso no entraba en ninguno de los automóviles de lujo que tenía para su uso exclusivo. Los monjes tuvieron que arrastrarlo entre varios; para sorpresa de todos, ella también empujó.

El último objeto de la recámara era un cuenco cuyo exterior e interior no podían ser más disímiles. El exterior era llano, perteneciente a ese estilo de cerámica que se amasa con las manos, de arcilla rica en hierro y sin pintar salvo por el fuego fuerte del horno; el resultado se describía como «oxidado por el sol que se filtra entre las hojas de los árboles». El interior era espiralado, pero sin apuro, un remolino ensimismado, como un bostezo que no termina de abrirse; parecía calado, pero estaba pintado con diferentes tonos que le otorgaban un falso relieve, y olía a ramita de romero cubierta de nieve. Pero lo mejor de todo, aunque nadie podía tocarlo, era palpar la superficie áspera del cuenco, que favorecía el agarre pero que a veces llegaba a ser dolorosa al tacto. Los curadores lo alzaban de vez en cuando para que las empleadas de limpieza pudieran limpiar la vitrina, pero con los guantes de látex la sensación era otra, menos precisa, más desapegada.

Claro que hay un rumor que todos los que conocen el museo alguna vez escucharon. «Quiero que se exhiba una pieza más», le dijo la Portadora al primer responsable del museo (y que murió antes de su inauguración, tras ahogarse en la ducha). «El ícono que mejor me representa y que yo misma hice. Pero nadie va advertirlo». Si realmente existió ese último objeto, nadie lo sabe. Ya no queda vivo nadie de aquellos que armaron el museo.

Cuando la rebelión se transformó en revolución, la Portadora emergió por el túnel de acceso que conectaba al palacio con el rostro ceniciento. Buscó al curador de turno, pero por primera vez desde que había fundado el museo, no había ninguno. Abrió la vitrina (ella siempre tenía la llave maestra en alguno de sus muchos bolsillos) y se puso el vestido azul, blanco, verde; encontró la hornalla portátil en el comedor y bebió

agua caliente en el cuenco espiralado; perfumó la sala y bailó junto al dios de los honestos con la mirada abrasadora del incendiado como único testigo.

Todo ocurrió en el lapso de unos pocos días. El alzamiento, la larga marcha hasta la nueva capital, la guerra intestina, los traidores, la rendición, los juicios, las ejecuciones y el caos. La revolución se abrió camino por el Portento sin obstáculos. Con las tensiones constantes de una unión realizada a toda costa, la olla terminó por explotar, la caja se desfondó, el edificio social se desplomó, la marea de la libertad fue hermosa y arrasó todo a su paso: el frío, la desigualdad, la Portadora máxima y todo lo que ella representaba.

Alguien intentó prender fuego al palacio de piedra pero no tuvo éxito: se conformaron con saquearlo. Otro alguien prestó atención a la puerta al costado del palacio, seguramente develada por un sirviente que entraba a refugiarse o quizás que huía. Y ese fue el final del museo. Ahora las vitrinas están rotas, el lienzo está hecho jirones. Los bloques de mármol se rajaron contra el suelo, y lo que estaba incompleto quedó más incompleto. Colgaron a los guardias que no huyeron y también a los arqueólogos que habían sido vitales para recuperar las tradiciones del pasado, a los curadores y a las empleadas de limpieza, incluso a la que creía en las runas (pero el hijo no: se salvó porque había empezado una gira como flautista en los pueblos de la frontera). La Portadora terminó en la silla eléctrica, y dicen que se siguió sacudiendo durante cinco minutos después de recibida la descarga. Y sin sentirse todavía satisfecha, la revolución también obliteró a todos los artistas que bajaron para la Portadora máxima.

La vieja sin lengua fue fusilada en el acto, contra sus lienzos ahora agujereados, sin siquiera arrastrarla fuera de su taller. ¿Qué pasó con el ceramista? Enterrado vivo. Pensar que les decía a sus amigos: «Dentro del horno le pongo obstáculos al fuego. Dejé de pintar porque prefiero usar los colores que aporta la misma tierra». Pero la costurerita y sus hermanas no fueron obstáculos del fuego, se las comió estaqueadas como al pastizal seco. Antes parloteaban mientras cosían; ahora guardan un silencio de carbón.

Es fácil entrar al museo porque ya no queda cerradura, desclavada con ganzúa. La sala de la cuadratura huele a palo santo y a humedad, y donde estaba el lienzo ahora hay un grafiti con una runa desconocida. Los cables, que estaban bien ocultos bajo un tablón, fueron arrancados para revender el cobre. Aun así queda algo de luz: un tubo fluorescente que continúa prendido día y noche. La nueva capital, que se construyó en torno al viejo palacio, va a ser rápidamente abandonada, nunca del todo, pero lo suficiente como para que triunfe la peste por los cadáveres que quedaron sin enterrar, y esa luz de emergencia va a seguir titilando cuando el hambre ceda y las magnolias del patio broten al final de un invierno de muchos años.

Pero todavía falta para la floración. Los revolucionarios siguen con su resaca revolucionaria y los residentes están empacando sus bártulos con hilo sisal para partir en cuanto amanezca; el palacio está vacío, salvo las horcas y los animales, que aprovechan la lluvia pasajera para limpiarse en un charco los bigotes con coágulos de sangre seca.

Entre los visitantes nocturnos se cuentan algunos de esos perros y ratones curiosos. Pero también se enciende una linterna en la puerta de entrada del museo: es el carpintero que talló el marco donde estaba expuesto el lienzo del incendiado. Estuvo una sola vez en el museo, cuando trajo el marco que le encargaron. Nunca llegó a ver a la Portadora, aunque se lo esperaba: con la cara picada por la viruela, estaba acostumbrado a no mostrarse en presencia de los dueños del teatro donde trabajaba. Pero tampoco había podido ver la obra expuesta, ni siquiera cuando la Portadora máxima estaba (según los periódicos oficiales) en alguna campaña militar contra los enemigos bárbaros. Los amigos y parientes le sugerían que no se quejara tanto, pero el carpintero mecía la cabeza. Los curadores le decían: «la Portadora está satisfecha y eso es lo que importa». Los años pasaron; tanto protestó que no lo volvieron a llamar. Cuando llegó la revolución, nadie se acordó de buscarlo.

El marco está quebrado, como una rama tronchada. El carpintero se queda parado durante un rato frente al cuadro, hasta que se le cansan las piernas. Apaga la linterna y se sienta en el banquito, en dirección al marco. Dentro de un tiempo los

monjes de la cartuja cercana, en busca de leña, van a levantar del suelo una madera con hojas talladas y una cáscara dorada que se desprenderá apenas la toquen.

Emiliano Mondragón

(México)

El animal que encierra el profeta

Para Gloria

Mi exnovia decía que confundir la realidad con lo que sucede en mi cabeza acabará conmigo

I

Hace poco entré al preescolar. Fue contra mi voluntad, yo no quiero ir. Constantemente le digo a mis padres que no me gustan los otros niños, nunca logro entenderme bien con ellos. Me asustan un poco. Yo quiero quedarme en casa a jugar con mis Legos y dibujar. Eso es lo que más me gusta hacer y disfruto hacerlo solo. Pero la decisión es final y no tengo otra opción.

Como felicitación por mi nueva etapa, mi abuela me regaló una ballena de juguete. Es una orca, en verdad. Es de plástico sólido, pero está recubierta por algún tipo de hule que le da una piel y aletas blandas. El único movimiento que puede hacer es abrir y cerrar la boca. Me gustan mucho sus mandíbulas dentadas y la lengua rosada. Al agitarla puedo escuchar que algo se mueve dentro de ella. Será algún balín que va de la cabeza a la cola y de la cola a la cabeza. Siempre reviso la boca de mi orca para ver si le puedo sacar el balín, pero no hay manera. Estará ahí encerrado para siempre.

Sin saberlo, tengo en mis manos al animal que encierra al profeta.

II

Estábamos por cumplir tres años de separados. Ya no sabías más de mí, y desconocías lo que yo sabía de ti. Cada cual tenía su vida. Tal como querías.

Un día tomaste tu teléfono y solicitaste seguirme en Instagram. Esperaste un rato mi respuesta, pero nunca la acepté. Apagaste tu celular, lo dejaste en la mesa y saliste a caminar. En tu cabeza repetiste mil veces el mismo pensamiento: «tú no podías salvarme». Nadie puede. Recordaste lo injusto que te parecía, lo desgastada que te hacía sentir. Te lo repetiste mil veces, pero no lo creíste ni por un instante.

Caminaste sin pensar adónde ibas hasta que tus pies te llevaron al parque al que solías ir conmigo. Te sentaste en la misma banca donde nos gustaba sentarnos y viste el mismo escenario que tantas veces vimos juntos: los mismos niños se bañaban en la misma fuente, las mismas madres comían helados y esquites a su alrededor. Los mismos perros persiguiendo a las mismas palomas. El olor a flores y algodón de azúcar. Todo era igual que siempre, pero ya no estaba yo.

Sentiste una leve tristeza. Subiste tus piernas a la banca, abrazaste tus rodillas y te quedaste ahí por un largo rato.

Cuando volviste a casa, encendiste tu teléfono y sonó el timbre de las notificaciones. Era yo.

III

Me gusta mucho llenar de agua la caja donde guardo mis juguetes. Es una gran caja de plástico, y me tardo mucho en hacerlo porque lo hago con una pequeña jarra de juguete. Es todo un ritual. Primero arrastro la caja de debajo de la cama, saco cada juguete de su interior, uno por uno, y lo examino para ver que siga bien. Una vez vacía, llevo la caja al centro de la sala. Me gusta mucho como entra la luz del día en ese lugar. Después busco mi jarra y comienzo a hacer viajes del lavabo de la cocina al centro de la sala. Esa es la parte más larga

y en la que debo ser más cuidadoso. No puedo tirar agua en el trayecto, si no ya no podré jugar en la sala.

Sí, me lleva un rato, pero siempre vale la pena. Ahí mi orca es feliz y puede nadar por donde quiera.

A veces me remango los pantalones y me meto con ella, pero a mi madre no le gusta que lo haga porque salpico mucha agua cuando chapoteo, y se moja la alfombra.

IV

Un día tu amiga te reclutó para una sesión de fotos. Ambas serían las modelos.

—Es para un artista. Tu exnovio era artista, ¿no? —te dijo para convencerte.

Tu participación requería que trotaras de un lado a otro a la orilla de un estanque, en mini shorts y sin sostén. El tipo te fotografió mientras corrías y subió todo a su cuenta de Instagram. No tuviste problemas con eso.

Entonces las llevó a una casa. «Su casa», según les dijo, pero tú no le creíste. Era un viejo edificio de interés social en una zona que no conocías. Todas las ventanas estaban semiocultas detrás de pesados barrotes oxidados.

Recordaste aquellas tardes de verano en las que tu papá solía sacarte, junto a tus hermanos, a atrapar luciérnagas al terreno baldío de detrás de tu casa.

La pintura azul del interior del lugar se escarapelaba y estaba sucia. El lugar olía a abandonado, una mezcla de polvo, humedad y tiempo. Los pocos muebles que había estaban descuidados y pasados de moda. Pensaste que tal vez los habían comprado en distintos mercados de pulgas a lo largo de los años. Nada parecía estar cuidado ni tener el más mínimo interés para el dueño.

El fotógrafo les pidió que se desvistieran detrás de unas cortinas improvisadas. Eran sábanas podridas y manteles viejos colgados como en un tendedero. Agregó que no salieran hasta que él les indicara y después se retiró de la habitación.

No estabas muy convencida, pero al ver a tu amiga tan segura, hiciste caso. Ambas se desnudaron detrás de las corti-

nas mientras tú mirabas fascinada a tu amiga. La manera en la que no se lo pensaba dos veces te infundía confianza, pero sabías que algo no estaba del todo bien. Sentías miedo, pero no querías manifestarlo.

V

Hoy vinimos al parque y yo quise traer a mi orca. Hay una gran fuente que sé que le gustará.

Mis padres se quedan atrás y yo corro a enseñarle a mi orca el agua donde puede nadar. La meto y la saco como si estuviera cazando algo tanto en el agua como en el aire.

Puedo ver que está feliz. Yo estoy feliz.

Es una fuente muy grande. Inconscientemente comenzamos a darle la vuelta y, sin buscarlo, encuentro unas semillas muy particulares. Son semillas con forma de rombo redondeado. Son muy grandes y duras. Pero lo importante es que parecen barquitos. Como pequeñas canoas.

Agarro un puñado y las llevo conmigo al agua. Ahora sí, mi orca tiene algo que cazar.

Juntos, comenzamos a hundir una embarcación tras otra. Es muy divertido y no nos agotamos. Todo el tiempo voy en búsqueda de más y más barcos que hundir. Pero después de un rato empiezan a terminarse. Ahora tengo que ir a buscarlos hasta el siguiente árbol.

Mientras lo hago, mi orca me aguarda flotando en el agua. Me espera con paciencia, hasta que ve la última embarcación a flote. Esta se dirige hacia el centro de la fuente y mi orca la sigue.

Como todo niño que no sabe nadar, estoy asustado al ver a mi orca de juguete adentrarse en una fuente tan profunda. No quiero perderla, pero parece que es inevitable. Ella nada hacia las profundidades como en cámara lenta. De repente, todo el mundo se mueve como en cámara lenta.

No puedo perderla, es un regalo de mi abuela, así que me meto a la fuente. Lo único que pienso es que no quiero perder a mi orca de juguete. Pero ella se aleja y yo comienzo a hundirme. Por más que me estiro, no la alcanzo. Me falta el aire. La superficie está muy lejos. Desde las profundidades de la fuen-

te, proveniente del interior de mi orca, oigo un grito apagado que alarga aún más el tiempo.

El poco aire que me queda en los pulmones parece durarme para siempre.

VI

Al regresar, el fotógrafo les ofreció un par de píldoras. La de tu amiga era mitad negra, mitad amarilla. La tuya era transparente y se podía ver el interior. Estaba llena de minúsculas esferas blancas.

Les ordenó que se las tomaran. Tu amiga no preguntó nada, solo lo hizo. Pero tú no. Tú querías saber qué les estaba dando. Con cada orden del fotógrafo te ponías más y más nerviosa. Pero antes de que él pudiera decir algo, tu amiga te dijo:

—¿No estás harta ya de escuchar a tus padres pelear todo el tiempo? ¿O de tener que soportar al perverso de tu hermano?

Tú no dijiste nada.

«¿Quién es esta amiga tuya? ¿De dónde la conoces?», me escuchaste preguntar en tu cabeza.

Tomaste la píldora y saliste de detrás de la cortina. Estabas ligeramente avergonzada, pues era la primera vez que te dejabas fotografiar desnuda por un extraño. Estabas nerviosa porque no sabías dónde o con quién estabas, ni lo que te acababas de comer.

VII

Cuando el niño abra los ojos, verá frente a él un mar en calma. Sus pies descalzos sentirán la arena suave como talco y la brisa marina revolverá su cabello y lo llenará de sal.

A su alrededor no habrá nadie, pero a lo lejos —muy, muy a lo lejos— podrá ver edificios altos y mudos como antiguas montañas.

En el aire no habrá aves, y el mar parecerá carente de cualquier tipo de vida. Al igual que la tierra a su alrededor.

El niño caminará vacilante por la playa. No buscará a nadie. No esperará nada. Solo caminará, sin que en el cielo se note ningún cambio. Las horas parecerán detenidas, pues las nubes sobre su cabeza mantendrán el tono gris brillante. El día no aclarará ni tampoco oscurecerá. Será como estar en una fotografía que se queda igual por siempre. El único movimiento que podrá notar será el ir y venir de las olas. Nada más.

De repente, todo se quedará en silencio. Un silencio auténtico. Penetrante y helado. El mar comenzará a agitarse y a lo lejos —muy, muy a lo lejos— los edificios se derrumbarán como columnas altas de arena voladas por el viento.

De los ojos del niño brotarán lágrimas pesadas y azules. Formarán un charco a sus pies. Después ese charco se convertirá en un estanque, en una laguna y, finalmente, en una extensión del mar.

El niño se hundirá lentamente. Su cuerpo se petrificará y no podrá moverse. Sentirá miedo. Poco a poco, la luz de la superficie se irá extinguiendo. El peso del océano lo aplastará por un rato tan largo que le resultará eterno. Y sus pulmones reventarán en un largo y aterrador grito.

Al final, el niño se ahogará.

VIII

Habías perdido la noción del tiempo desde hacía varias horas. Todas las cortinas de la casa estaban cerradas, pero tú no dejabas de echar un vistazo ocasional para intentar averiguar la hora. El sol comenzaba a ponerse, los pájaros gritaban desesperados y en las calles podías ver a mucha gente salir a correr, sacar a pasear a sus perros o regresar a casa después del trabajo.

Pensaste en esa gente. En que nadie de los que por ahí pasaba tenía la menor idea de lo que sucedía en la casa en la que estabas.

Tu amiga estaba tirada en el suelo, desnuda y cubierta de pintura. Aquel sujeto la fotografiaba. Ya no podía hablar, solo gemía y él se reía de ella.

Tú no estabas mejor, también cubierta de pintura, con los dedos de los pies entumecidos por el frío y nerviosa por la hora. Tenías que volver a tu casa, si no tu madre te regañaría.

El fotógrafo y tu amiga te llamaron para que volvieras a la sesión de fotos. Ella te jaló hacia el suelo y empezó a embarrar la pintura de su cuerpo en el tuyo. Sentiste escalofríos cuando el calor de sus pechos tocó tu espalda desnuda. El interior de sus muslos masajeaba el exterior de los tuyos. Y su sexo cálido comenzaba a humedecerse.

Te levantaste rápidamente y volviste a asomarte por la ventana.

Afuera estaba oscuro. Muy oscuro. Las calles se veían vacías. El único movimiento era el de un par de personas en un puesto de tacos en una banqueta. Pensaste que tendría que ser de madrugada.

IX

Estoy parado frente a la fuente con la chamarra de mi padre sobre los hombros. Huele a cigarro y a viejo. Al sacarme del agua, vio que temblaba de frío y me la dio. El balón dentro de mi orca vibra violentamente entre mis manos. La tengo sujeta hasta con las uñas. No volveré a dejar que se vaya. La vida de alguien minúsculo que habita dentro de ella depende de mí.

Sobre la superficie del agua veo pequeñas ondas que aparecen y desaparecen rápidamente. Está empezando a llover. Mis padres me dicen que es hora de ir a casa, así que subimos al viejo Derby verde y nos vamos del parque.

Mi ballena y yo nos acostamos en los asientos traseros del auto. Vemos escurrir decenas de gotitas amarillas y rojas por la ventana.

El ronroneo del coche me arrulla. Me siento muy cansado y pesado, como si estuviera hecho de plomo.

En mis oídos permanece aquel grito subacuático de la fuente. Suena muy bajito, pero suena. Y me estremezco.

X

Sin querer apreté algo en mi teléfono que trajo tu imagen a la pantalla. Bueno, no. No era solo tu imagen, era tu perfil de Instagram. Habías subido dos historias.

En la primera estabas sobre un fondo de gatos haciendo caras chistosas, aparecía la letra de alguna canción infantil.

La segunda era un video de mala calidad. Aparecían dos chicas en traje de baño. Estaban en un cuarto pobremente iluminado y muy tirado. De fondo se escuchaba música de reggaetón. Ambas estaban en la cama. Sus cuerpos se iluminaban con cálidos tonos rosas y frías luces azules. Parecían estar en un set de grabación. Las luces y los objetos a su alrededor no encajaban con el lugar. Ni siquiera parecían reales.

En la mesa junto a la cama descansaba, inútil, un teléfono retro que no parecía estar conectado a ningún lado. A su lado, al borde de la mesa, un cenicero lleno de colillas con las puntas manchadas de labial. Las botellas de vino, vodka y cerveza tiradas en el suelo eran más que suficientes para abastecer a toda una fiesta; eran demasiadas para solo dos personas. Los collares de fantasía y las telas translúcidas de colores parecían más bien parte de algún vestuario, no la ropa que alguien usaría para salir a la calle.

La idea de que esto sea una película no era del todo descabellada pues, efectivamente, alguien las estaba grabando. Ahí había una tercera persona.

Esto lo pensé después, claro.

Las dos chicas llevaban lentes oscuros, unos de armazón negro y otros de armazón rojo. La chica con los lentes rojos tenía el cabello amarrado. Ambas sonreían y jugaban de manera bastante pornográfica. Se agarraban los senos y se daban nalgadas, hasta que la chica de los lentes rojos se abalanzó sobre la otra para besarla. Comenzaba en sus labios, pero pronto descendía a su pecho, su vientre y el video terminaba. Eran tan solo unos segundos de grabación.

Desconcertado por lo que acababa de ver, reaccioné con un corazón a tu historia, pero no le di importancia y dejé mi teléfono de nuevo sobre la mesa.

Unos minutos después, mi teléfono sonó. Era un mensaje tuyo. «Se me ve todo», decías.

Entonces lo vi. No era una película. La chica de los lentes rojos y el cabello amarrado eras tú. Tú estabas en algún caótico cuarto con otra chica siendo grabadas por una tercera persona.

Te escribí de vuelta preguntándote si estabas drogada, y me dijiste que sí.

XI

Mi madre nos hace meternos a la regadera caliente, a mi orca y a mí. Dice que si no lo hago me voy a resfriar. Yo no entiendo por qué, pero tampoco es que tenga otra opción. El sonido de la lluvia se opaca rápidamente por el de la regadera. Ambos suenan parecidos, pero no igual.

Cuando termino de bañarme, cierro la llave y me doy cuenta de que, para mi orca, acabo de detener la lluvia. Eso no lo puede hacer cualquiera, según entiendo.

Al otro lado de la ventana, el día termina y comienza a oscurecer. La oscuridad de las nubes de lluvia y la de la noche es parecida, pero no igual.

XII

Ya habías abandonado la idea de volver a tu casa esa noche. Tu madre estaría furiosa, pero ya no podías hacer nada.

Tu amiga dormía pesadamente a tu lado. La habitación apestaba a cigarro y malas decisiones, pero ya no podías hacer nada.

El fotógrafo se había retirado de la habitación desde hacía un rato. Tú estabas mareada y tenías ganas de llorar. Pero no lloraste. Buscaste tu ropa para taparte del frío, pero no la encontraste en ningún lugar; así que te acercaste a tu amiga y la abrazaste para entrar en calor. Ella no lo notó.

Te volviste a preguntar la hora, pero no había relojes cerca y tu teléfono ya no tenía batería.

Recorriste la habitación una y otra vez en busca de algo con que taparte, pero no había nada. Él se había llevado toda

la ropa para que ustedes no pudieran cubrirse, quería que sus pezones se vieran endurecidos en las fotos que les tomaba.

Encendiste un cigarro y te sentaste al borde de la cama.

Te recorriste el cuerpo con la mirada. Estaba cubierto de pintura. Viste los dedos de tus pies, tus piernas, tus rodillas redondeadas, tu sexo depilado, tu vientre y la ligera pancita que se te hacía al encorvarte, notaste la manera de colgar de tus senos perfectos, tus pezones endurecidos, tus brazos adoloridos y las palmas de tus manos heladas.

Las lágrimas seguían sin caer de tus ojos.

Estuviste sentada ahí por horas. Con la mente en blanco.

De repente, la puerta se abrió. Muy despacio, como queriendo no hacer ruido, el fotógrafo entró. Te habló en susurros, para no despertar a tu amiga. En las manos aún sostenía su cámara. Tú pensaste si nunca se aburriría de tomar fotos. Se sentó junto a ti, encendió un cigarro y exhaló el humo en tu cara. Después se rio con una mueca que te pareció grotesca y aterradora.

Le dijiste que tenías que irte. Que necesitabas que te llevara de vuelta a tu casa. Él te dijo que sí, pero que esperaras un momento. Ya estaba por amanecer, entonces te llevaría. Tú no querías esperar, pero tenías miedo de seguir hablando.

Temblaste un poco. Tu estremecimiento fue casi imperceptible, no duró nada, pero él lo notó. Y tú viste sus ojos brillar rojos mientras te rodeaba con su brazo. Su mano cálida se posó en tu cintura, rápidamente descendió a tu cadera y de ahí a tu glúteo. Él te apretó como si aplastara un globo lleno de harina, y volvió a reír con esa mueca asquerosa.

Su mano izquierda apretaba tu nalga mientras la derecha encendía la cámara.

Se puso de pie delante de ti y te abrió de piernas. El objetivo de su cámara miraba tu sexo nervioso y tímido. Ya no querías que te siguiera fotografiando, pero tenías miedo de hablar. El obturador de la cámara chasqueó varias veces seguidas.

Su voz se había vuelto un sonido mecánico y seco. Su mirada, un único ojo que no parpadeaba. Tú querías llorar, pero las lágrimas no caían. Tus palabras habían abandonado tu cuerpo.

Fue entonces cuando sacó su miembro erecto y palpitante, y lo acercó a tu rostro. La cámara chasqueó de nuevo. Tú no

querías, pero sabías que, si no lo metías a tu boca, él te obligaría. Más chasquidos.

No tenías saliva. Sentiste como las comisuras de tu boca se rompían por el frío. Otra foto, y otra y otra. Su sabor era amargo y seco. Su mano te indicaba cómo mover la cabeza mientras su único ojo te observaba cada vez de más cerca.

Sentiste náuseas. Todo a tu alrededor daba vueltas. Y tú no llorabas.

Te agarró del cuello y te aventó al suelo. Caíste de cara. La cámara, con sucesivos chasquidos, capturaba todo.

Agarró tus caderas y alzó tu trasero. Tú no tenías fuerzas para moverte. Estabas aterrada. Te sentías como un muñeco de plastilina condenado a quedarse en la posición en la que lo dejaron.

Él dejó la cámara en el suelo, apartada. Sujetó tu cintura con fuerza y forzó su miembro dentro de ti. Tú no estabas lubricada y sentiste como te desgarraba. Te dolió muchísimo.

Comenzó a moverse más rápido y con más fuerza. Tú gritabas de dolor, pero las lágrimas no caían. Empezaste a moverte a su ritmo para hacerlo terminar más rápido. Cada movimiento que hacías te dolía más y más, pero él se dio cuenta de lo que intentabas hacer y se enojó. Así que restregó tu cara contra el suelo y sacó su pene al rojo vivo de ti. Lo embarró de saliva y lo embutió en tu ano. Tú gritaste lo más fuerte que pudiste. Intentaste moverte hacia todos lados para sacarlo de ti, pero no lo lograste.

En ese momento tu amiga despertó y los vio con gracia. Tomó la cámara del suelo y comenzó a fotografiarlos. Tú seguías gritando, pero sabías que era inútil.

Él volvió a sacar su miembro y tu amiga corrió a chuparlo. Hacía sonidos repugnantes mientras lo hacía. Tuvo arcadas y estuvo a punto de vomitar un par de veces, pero reía.

El tipo volvió a penetrar tu vagina, y continuó metiéndolo y sacándolo hasta que eyaculó.

Tu amiga volvió a reír y comenzó a lamer tu sexo como buscando el semen del fotógrafo dentro de ti.

Volviste a escuchar mi voz preguntar: «¿Quién es esta amiga tuya?».

Estabas aterrada y humillada. Pero no lloraste.

XIII

Ahora estoy metido en la cama. La lámpara de noche ilumina un rincón y distingo a mi orca entre las tinieblas. Ella me ve fijamente desde el suelo. Me pregunto qué pensará, y si ella se preguntará lo mismo de mí.

De repente un rayo parte la noche, un trueno hace vibrar la casa entera y el grito se despierta desde el interior de mi orca. Pero no es otro grito, es el mismo. El mismo que escuché en las profundidades de la fuente. No ha parado. Aquel ser minúsculo continúa gritando desde la tarde. Y pienso en una calavera con los ojos vacíos y la boca eternamente abierta. El aire que retumba en su interior genera el eco que produce el grito.

Lo que sea que viva dentro de mi orca, sea balín u hombre, ya debe estar muerto. Y lo que escucho es su recuerdo luchar contra el olvido.

XIV

En mis manos tengo tu última fotografía. En ella te veo encendiendo un cigarro con el de alguien más. Solo se ve su brazo, pero sé que es un hombre. Tú no fumas.

En la mano derecha tienes una botella de cerveza. A penas sales del jacuzzi. Llevas un traje de baño negro con corazones blancos y la manera en la que tienes tus brazos aprieta tus senos y los resalta.

Estás muy maquillada, pero el agua te corrió buena parte de la pintura. No importa, te sigues viendo preciosa. Tu pierna izquierda se ve desproporcionadamente larga por la refracción del agua.

Tu mirada está clavada en el cigarro que intentas prender. Tus párpados te cubren los ojos. Tu boca en forma de beso queda oculta detrás de tu mano. Las uñas, como siempre, mal pintadas. Pero tu nariz se ve perfecta. La nariz que me enamoró. «Como queriéndose respingar», decías tú, cuando nada de esto era real; cuando estabas conmigo y yo era feliz.

XV

Esta mañana le pedí a mis padres volver al parque, pero ellos me dijeron que estaban ocupados. Así que tomé a mi orca y salí de la casa. El parque está a unas cuantas cuabras y yo me sé el camino de memoria. No necesito que mis padres que me lleven.

Cruzo la calle con cuidado, volteando a ambos lados antes de hacerlo. Los ruidos de la ciudad siempre me parecen fascinantes. El señor que vende obleas me pregunta si estoy perdido, y le digo que no. Me junto a una pareja de viejitos para cruzar la siguiente calle, ellos me ayudan y me acompañan el último tramo. En la entrada del parque el guardia me pregunta por mis padres y yo le miento diciendo que están adentro, que yo salí con mis abuelos por una oblea, pero que me arrepentí y quiero volver con ellos. Él no me cree, pero me deja pasar. Para él soy un niño más, pero para mi orca soy aquel que puede detener la lluvia con las manos.

En el parque hay más gente de lo común. A lo lejos veo una carpa con música. Será una fiesta.

No corro, pero tampoco me detengo. Tengo que llegar a la fuente, esta no es una visita para jugar. Tengo que salvar a alguien diminuto que vive dentro de mi orca.

El pasto brilla de un verde como nunca. Es un verde amarillento que me hace sentir como si caminara sobre la superficie del sol. De repente me siento lleno de energía. El aire sopla frío y huele a flores. La fuente aparece magnífica a unos metros. No hay nadie cerca, pero no estoy asustado.

Me acerco a la orilla y veo el agua cristalina. Parece un espejo, que rompo al tirarle una piedra.

Entonces veo mi reflejo

y veo mi reflejo

y veo mi reflejo

y veo mi reflejo

alejarse de mí entrecortado.

Trago saliva con dificultad y acerco mi orca al agua. Es hora de despedirme. No encuentro otra solución por más que la busque. Para liberar a aquel ser tengo que matar a mi orca. Solo cuando ella muera, el grito se detendrá.

Todo es tan claro, pero no puedo hacerlo. Le prometí a mi abuela que no perdería a mi orca.

De repente el cielo se nubla y los rayos ya no traen truenos, sino gritos. El mismo grito una y otra vez. La vista se me nubla también. O quizás sea la lluvia que no me deja ver con claridad. La fuente parece un mar. Un súbito destello ilumina todo con violencia y escucho el grito más claro que nunca. Reconozco esa voz. Es la voz de un niño que se ahogó en sus lágrimas azules. Es mi voz.

Si mato a mi orca, yo también moriré.

El tiempo se detiene. La lluvia se queda suspendida en el aire y el aire se vuelve como una gelatina que no me deja respirar. Ya no escucho nada. Pronto moriré.

Me subo al borde de la fuente y levanto el pie derecho. Sujeto a la orca contra mi pecho. Mi corazón late violento. Mi boca tiene un sabor amargo y quiero llorar, lo siento en la nariz, pero las lágrimas no caen. Estoy petrificado, con los ojos fijos en el agua. Como acto reflejo tomo aire y me dejo llevar por el peso hacia adelante. Pero una mano me jala hacia atrás.

Eres tú.

Me atrapas en tus brazos, me acuestas en el suelo y me preguntas si estoy bien. Yo no puedo hablar.

Besas mi frente y acercas mi cabeza a tu pecho. Entonces noto tus uñas mal pintadas y tu nariz como queriéndose respingar. Eres tú.

Mis lágrimas empiezan a caer. Y caen cada vez más rápido. Los sollozos se vuelven gemidos y comienzo a llorar, desconsolado. Tú me abrazas. Me envuelves con todo tu cuerpo y me repites una y otra vez que todo está bien.

La lluvia se detiene.

Me pones de pie y tomas mi mano. Prometes no soltarme. Me llevas hasta una carriola. En ella hay una bebé. Es muy pequeña y está dormida. Me acercas a ella y me dices que es tu hija. Tus ojos se llenan de lágrimas. Son lágrimas de felicidad y de tristeza.

Con mi mano derecha agarro el piecito de tu bebé y ella hace un sonido alegre. Coloco mi orca a su lado y, sin despertarse, ella le agarra la aleta dorsal y la aprieta.

Entonces te abrazo, como tantas veces te abracé cuando estabas conmigo y yo era feliz.

¿Quieres seguir leyendo?



Encontrarás un cuento de Sergio Ramírez,
un ensayo de Jorge Carrión,
poemas de Rosa Berbel, Alberto Ruy Sánchez,
Juan Gallego Benot, Rafael- José Díaz,
Raquel Lanseros y mucho más.

Toca esta imagen para acceder a

amazonkindle